
Choque de globalizaciones

por Stanley Hoffmann *
Foreign Affairs en Español, Otoño-invierno 2002

RESUMEN

Después del 11 de septiembre, el mundo quedó expuesto a verse atrapado entre una Escila y un Caribdis resucitados. Por un lado, Estados Unidos siente la tentación de lanzar una peligrosa misión unilateral que significa una intervención enérgica. Pero la alternativa, es decir, resignarse a nuevos ataques terroristas y al olvido de las amenazas que impone la globalización, no es mejor

* Stanley Hoffmann es profesor de la cátedra Buttenwieser en la Harvard University y crítico de libros reseñados para *Foreign Affairs*. Este trabajo es una ampliación del art. original (“Leer el mundo sin anteojeras” publicado por *Le Monde* en enero 2002).

¿UN NUEVO PARADIGMA?

¿Cuál es la situación de las relaciones internacionales en la actualidad? En los años noventa, los especialistas se concentraron en la desintegración parcial de los fundamentos tradicionales del orden global: los estados. Durante ese lapso muchos países, en muchos casos nacidos por los procesos de descolonización, se revelaron como pseudoestados, carentes de instituciones sólidas, cohesión interna y conciencia nacional. El fin de la dominación comunista en la ex Unión Soviética y en la ex Yugoslavia sacó a relucir viejas tensiones étnicas. Las minorías oprimidas, o que se consideraban tales, exigieron su independencia. En Irak, Sudán, Afganistán y Haití, los gobernantes combatieron abiertamente contra sus súbditos. Y con estas guerras creció la importancia de las intervenciones con fines humanitarios, que se

Dr. Hugo Pérez-Idiart
Material para uso de la Cátedra

llevaron a cabo en detrimento de los principios consagrados de soberanía nacional y no intervención. De tal modo, la tensión que predominó en la década fue el choque entre la fragmentación de los estados (y del sistema de estados) y el progreso de la integración económica, cultural y política; en otras palabras, la globalización.

Ya todos comprendimos que los sucesos del 11 de septiembre fueron el inicio de una nueva era. Pero, ¿qué significa en realidad esta ruptura? Según el enfoque convencional de las relaciones internacionales, la guerra ocurre entre estados. Pero en septiembre, unos cuantos individuos mal armados de pronto desafiaron, sorprendieron e hirieron a la superpotencia mundial dominante. Los ataques mostraron además que, pese a todos sus logros, la globalización permite que unos cuantos fanáticos desesperados tengan acceso a formas espantosas de violencia. El terrorismo es el vínculo sangriento que liga las relaciones entre los estados y la sociedad global. A medida que, junto con los estados, muchos individuos y grupos se convierten en actores globales, crecen la inseguridad y la vulnerabilidad. Para evaluar la sombría situación actual, por lo tanto, hay que plantearse varios interrogantes. ¿Qué conceptos permiten explicar el nuevo orden global? ¿Qué papel representan los lazos entre estados en las relaciones internacionales? Y, ¿de qué modo

contribuye al orden mundial la sociedad civil global que empieza a aparecer?

EL SONIDO Y LA FURIA

Hubo dos modelos muy sonados en la década de 1990. El primero -la tesis del "Fin de la historia" de Francis Fukuyama- no se sustenta en los hechos. Está claro que predecía el fin de los conflictos ideológicos (no de la historia en sí) y el triunfo del liberalismo político y económico, lo cual resultó acertado en un sentido restringido: las "religiones seculares" que durante el siglo pasado se enfrentaron de modo tan sangriento hoy están muertas. Pero Fukuyama fue incapaz de percibir que el nacionalismo sigue gozando de excelente salud. Más aún, pasó por alto el explosivo potencial de las guerras religiosas que se difundió en gran parte del mundo islámico.

El especialista en Ciencia Política Samuel Huntington, mentor académico de Fukuyama, presentó pocos años después un panorama bastante más sombrío, que mostraba un mundo muy distinto. Pronosticó que la violencia derivada de la anarquía internacional y de la ausencia de valores e instituciones comunes estallarían entre las civilizaciones, más que entre estados o ideologías. Pero su concepto de civilización era vago. No explicó suficientemente los conflictos internos de una misma civilización (para usar su terminología) y sobrestimó la importancia de la religión en la conducta de las élites no occidentales, cuyo grado de secularización y hasta de occidentalización suele ser considerable. Por ello no pudo definir claramente el vínculo entre una civilización y las políticas exteriores de sus estados miembro.

Hay otros modelos menos efectistas, que también tienen sus partidarios. La ortodoxia "realista" insiste en que nada ha cambiado en las relaciones internacionales desde los tiempos de Tucídides y Maquiavelo: el poder militar y económico de un estado determina su destino; la interdependencia y las instituciones internacionales son fenómenos secundarios y frágiles, y las amenazas a la supervivencia o a la seguridad de un estado dictan sus objetivos. Tal es el mundo que describe Henry Kissinger. Desafortunadamente, este venerable modelo ofrece dificultades cuando llega el momento de integrar los cambios, en especial la globalización y el ascenso de los protagonistas no estatales.

Además, omite la necesidad de la cooperación internacional provocada por nuevas amenazas como la proliferación de armas de destrucción masiva (WMD, por sus siglas en inglés). Y no toma en cuenta lo que el filósofo y sociólogo Raymond Aron llamó el "germen de una conciencia universal": las normas liberales y mercantiles que los estados desarrollados han llegado a sostener en común.

Adoptando la perspectiva de Aron, muchos especialistas interpretan el mundo de hoy en términos de una globalización triunfante que desdibuja las fronteras mediante nuevos instrumentos de información y comunicación. En este universo, un estado que decida mantenerse cerrado se condena irremisiblemente a la decadencia y al descontento creciente de su pueblo, deseoso de progreso material. Pero si, al contrario, se abre al mundo, tendrá que aceptar que su papel se limite a la protección social de su pueblo, la protección física contra las agresiones externas o la guerra civil, y al mantenimiento de la identidad nacional. El paladín de esta epopeya sin héroes es Thomas Friedman, columnista de The New York Times: confronta barreras con paisajes abiertos, obsolescencia con modernidad, control estatal con libre mercado. Ve en la globalización una suerte de amanecer, la "camisa de fuerza de oro" que obligará a la gente que lucha entre sí a entender que la lógica de la globalización es la paz (pues la guerra interrumpiría la globalización y, por ende, el progreso) y la democracia (porque las nuevas tecnologías elevan la autonomía individual y estimulan la iniciativa).

DE VUELTA A LA REALIDAD

Estos modelos chocan contra tres duras realidades: primero, es indudable que las rivalidades entre las grandes potencias (lo mismo que la capacidad de los estados más pequeños de sacar provecho de esas tensiones) no han desaparecido. Sin embargo, durante un buen tiempo las armas nucleares generaron cierto grado de prudencia entre las potencias que las poseen: el riesgo de destrucción moderó el juego y convirtió el armamento nuclear en instrumento de último recurso. Pero el juego puede calentarse conforme más estados traten de obtener WMD para reducir la brecha que separa al club nuclear de las demás potencias. Por lo tanto, la venta de ese tipo de armamento es hoy tema de enconados debates, y, paradójicamente, los esfuerzos realizados

para frenar la difusión de WMD de cualquier tipo (en especial entre los peligrosos estados "villanos") pueden ser nuevas causas de violencia.

Segundo, si ahora las guerras entre estados son menos comunes, las guerras intestinas están al alza, como se ha podido ver en la ex Yugoslavia, Irak, buena parte de África y Sri Lanka. Los estados no involucrados tienden primero a dudar si tomarán parte en esos complejos conflictos, pero luego (en ocasiones) intervienen para impedir que se conviertan en catástrofes regionales. A su vez, quienes intervienen buscan la ayuda de las Naciones Unidas o de organizaciones regionales para reconstruir los países, promover la estabilidad y evitar las fragmentaciones y la miseria en el futuro.

Tercero, la política exterior de los distintos estados responde no sólo a factores geopolíticos realistas, como el poder económico y militar, sino también a las políticas internas. Incluso en regímenes no democráticos, fuerzas como la violencia xenófoba, la marginación económica y la solidaridad étnica transnacional pueden hacer más complejo y menos predecible el desarrollo de las políticas. Muchos países (en especial Estados Unidos) deben batallar a menudo con la superposición de distintas ramas de gobierno en competencia. Y con frecuencia se subestima la importancia individual de los líderes y sus personalidades a la hora de estudiar las relaciones internacionales.

Para los realistas, entonces, el terrorismo transnacional plantea un dilema tremendo. Si un estado es víctima de agentes privados, como los terroristas, tratará de eliminarlos haciendo imposible que encuentren refugio y castigando a los estados que los acojan. Por lo tanto, el interés nacional del estado atacado requerirá ya sea intervenciones armadas contra los gobiernos que apoyen a los terroristas o un curso de prudencia y presión discreta sobre otros gobiernos para llevar a esos terroristas ante la justicia. Cualquiera de las alternativas pone en cuestión la soberanía, es decir, el concepto sagrado de las teorías realistas. En consecuencia, el universo realista clásico de Hans Morgenthau y Aron todavía puede tener validez en un mundo de Estados, pero tiene contornos cada vez más difusos y ofrece sólo opciones difíciles a la hora de enfrentar la amenaza del terrorismo.

Al mismo tiempo, el universo real de la globalización no se parece al que Friedman celebra. De hecho, la globalización tiene tres formas, cada

una con sus propios problemas. La primera corresponde a la globalización económica, resultado de las recientes revoluciones en tecnología, información, comercio, inversión extranjera y negocios internacionales. Los principales actores son empresas, inversionistas, bancos e industrias privadas de servicios, así como estados y organismos internacionales. Esta forma actual de capitalismo, irónicamente prevista por Karl Marx y Friedrich Engels, plantea un dilema fundamental entre eficiencia y justicia. La especialización y la integración de las empresas hacen posible que aumente la riqueza acumulada, pero la lógica del capitalismo puro no favorece la justicia social. Así, la globalización económica se ha vuelto una temible causa de desigualdad entre los estados y dentro de ellos, y la preocupación por la competitividad global pone límites a la aptitud de los estados y de otros actores para encarar el problema.

Luego viene la globalización cultural. Proviene de la revolución tecnológica y de la globalización económica, que en conjunto promueven la circulación de bienes culturales. Aquí la opción fundamental es entre uniformidad (llamada con frecuencia "adopción del American way of life") y diversidad. El resultado es doble: "desencanto del mundo" (al decir de Max Weber) y reacción contra la uniformidad. La segunda cobra la forma del renacimiento de culturas e idiomas locales, y de ataques contra la cultura occidental, a la que se denuncia por ser un portador arrogante de una ideología secular y revolucionaria, y una máscara de la hegemonía de Estados Unidos.

Por último, está la globalización política, que es producto de las otras dos. Se caracteriza tanto por el predominio de Estados Unidos y sus instituciones políticas como por el amplio conjunto de organismos internacionales y regionales, y redes transgubernamentales, especializadas en áreas como vigilancia, migración o justicia. También lleva el sello de instituciones privadas que no son gubernamentales ni puramente nacionales como, por ejemplo, Médicos sin Fronteras o Amnistía Internacional. Pero muchas de estas organizaciones carecen de mecanismos democráticos de rendición de cuentas, y su alcance, poder y autoridad son débiles. Por añadidura, una gran incertidumbre se cierne sobre el destino de la hegemonía estadounidense, que enfrenta una importante resistencia en el extranjero y sufre los efectos de la oscilación del propio Estados Unidos

entre las tentaciones del predominio y las del aislamiento.

Los beneficios de la globalización son innegables. Pero el optimismo a la manera de Friedman descansa sobre fundamentos muy frágiles. En primer término, la globalización no es ni inevitable ni irresistible. Más bien es, en gran medida, una creación estadounidense, cuyas raíces se remontan al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial y cuyas bases están en el poder económico de Estados Unidos. Entonces, por extensión, una crisis profunda y prolongada en Estados Unidos podría tener efectos tan devastadores en la globalización como los de la Gran Depresión.

En segundo lugar, el alcance de la globalización sigue siendo limitado porque excluye a muchos países pobres, y los estados a los cuales logra transformar reaccionan de distintas maneras. Esto se origina tanto en la diversidad de condiciones económicas y sociales en Estados Unidos como en la política partidista. El mundo está muy lejos de lograr una integración perfecta de mercados, servicios y factores de producción. En ocasiones la mera existencia de las fronteras reduce el avance de esta integración, pudiendo incluso paralizarla; en otras, otorga a la integración las características peculiares del estado dominante (como en el caso de internet).

En tercer término, la sociedad civil internacional permanece en estado embrionario. Muchas organizaciones no gubernamentales (ONG) representan sólo fracciones mínimas de las poblaciones de sus estados miembro. En gran medida, representan sólo a los países modernizados, o a aquellos donde el peso del Estado no es demasiado abrumador. A menudo las ONG tienen poca independencia de los gobiernos.

Cuarto, en los regímenes en vías de democratización no se alcanza rápido la emancipación individual tan cara a Friedman, como muestra la China de hoy. Ni la emancipación evita que instituciones públicas como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio sigan siendo opacas en cuanto a sus actividades y sus resoluciones, muchas veces arbitrarias e injustas.

Quinto, la atractiva idea de mejorar la condición humana mediante la abolición de las barreras no está exenta de dudas. La globalización es, de hecho, una suma de técnicas (casetes de audio y video, internet, comunicaciones instantáneas) que están a disposición de los estados o protagonistas privados. El egoísmo o la ideología, y no las razones huma-

nitarias, son los que impulsan a estos protagonistas. Su comportamiento es muy distinto al que propone la visión de una globalización como utopía basada en la Ilustración, que sea al mismo tiempo científica, racional y universal. Así, por muchas razones (la miseria, la injusticia, la humillación, el apego a las tradiciones, la aspiración a más que un simple mejor nivel de vida), este estereotipo "ilustrado" de la globalización provoca rechazo y enojo.

Aquí entra en juego otra contradicción. Por un lado, se necesita cooperación internacional y transnacional para garantizar que la globalización no se vea socavada por las desigualdades provocadas por las fluctuaciones en los mercados, por el proteccionismo promovido por estados débiles ni por la incapacidad de muchos estados de mejorar su propio destino. Por otro lado, la cooperación presupone que muchos estados y actores privados ricos operan de modo altruista (cosa que ciertamente no corresponde a la esencia de las relaciones internacionales) o practican una concepción notablemente generosa de sus intereses de largo plazo. Pero el hecho es que la mayor parte de los estados ricos sigue negándose a brindar suficiente ayuda para el desarrollo o a intervenir en situaciones de crisis como el genocidio en Rwanda. Esa renuencia tiene pocos rasgos comunes con el entusiasmo estadounidense por mantener la lucha contra Al Qaeda y el Talibán. Lo incorrecto aquí no es el entusiasmo patriótico como tal, sino la debilidad del impulso humanitario cuando no resulta obvio que sea de interés nacional salvar a víctimas no estadounidenses.

COMUNIDADES IMAGINARIAS

Entre los muchos efectos que la globalización tiene en la política internacional, hay tres de especial importancia. El primero concierne a las instituciones. Contrariamente a las predicciones realistas, la mayor parte de los estados no está en guerra permanente con los demás. Muchas regiones y países viven en paz; o bien, si hay violencia, es interna. Y como ningún gobierno puede hacer todo por sí solo han aparecido organismos interestatales. El resultado, que puede denominarse "sociedad global", busca reducir los efectos potencialmente destructivos que las legislaciones nacionales podrían tener en las fuerzas de integración. Pero también busca garantizar la equidad en el mercado mundial y crear regímenes regulatorios internacionales en áreas

como comercio, comunicaciones, derechos humanos, migración y refugiados. El principal obstáculo para este esfuerzo es la renuencia de los estados a aceptar mandatos globales que podrían constreñir el mercado o reducir aún más sus soberanías. Así, los poderes de las Naciones Unidas siguen siendo limitados y con frecuencia de alcance meramente teórico. La justicia penal internacional sigue siendo un recurso último, irregular y debatido. En la economía mundial, donde el mercado, y no la gobernabilidad global, ha sido el principal beneficiario de la retirada del Estado, la red de instituciones globales está fragmentada y es incompleta. La inversión extranjera sigue respondiendo a los acuerdos bilaterales. Muy poco se ha logrado en materia de protección ambiental, y, en gran parte, temas como la migración o el crecimiento demográfico no han recibido la atención que merecen. Las redes institucionales no tienen facultades suficientes como para vérselas con los desplazamientos de capital a corto plazo, muchas veces desbocados; con la falta de reglamentación internacional sobre quiebras y competencia, y con la primitiva forma de coordinación existente entre los países ricos. A su vez, la "gobernabilidad" global que sí existe es parcial y frágil en un momento en que la globalización económica despoja a muchos estados de políticas monetarias y fiscales independientes, o los obliga a optar cruelmente entre la competitividad económica y la preservación de sus redes de seguridad social. Mientras todo esto pasa, Estados Unidos manifiesta una creciente impaciencia hacia las instituciones que tienen algún peso sobre su libertad de acción. El movimiento hacia un estado mundial parece cada vez menos posible. Cuanto más se debilita la soberanía de los estados con los golpes de la globalización o a causa de empeños recientes como la intervención humanitaria y la lucha contra el terrorismo, más se aferran los estados a lo poco que les queda.

Segundo, la globalización no ha planteado riesgos serios a la perdurable naturaleza nacional de la ciudadanía. La vida económica se desenvuelve a escala global, es verdad, pero la identidad humana sigue siendo nacional; de ahí la fuerte resistencia a la homogeneización cultural. A lo largo de los siglos, estados cada vez más centralizados expandieron sus funciones y trataron de forjar un sentido de identidad común entre sus súbditos. Pero hoy ninguna potencia importante en el mundo puede hacer lo mismo, ni siquiera la Unión Europea, donde ni la moneda única

ni la avanzada coordinación económica consiguieron crear una economía unificada o instituciones centrales sólidas legalmente autónomas, ni han servido para construir un sentido claro de ciudadanía posnacional. La transición de una identidad nacional a una identidad que sería tanto nacional como europea apenas ha empezado. Un mundo unificado muy parcialmente por la tecnología sigue sin tener conciencia colectiva o manifestar solidaridad colectiva. Lo que los estados no están dispuestos a hacer, el mercado mundial no puede hacerlo por sí solo, sobre todo en cuanto a la creación de una ciudadanía mundial.

Tercero, hay una relación entre globalización y violencia. El estado de guerra tradicional, aunque su alcance sea limitado, todavía persiste. Hay fuertes riesgos de explosiones regionales en Medio Oriente y en Asia del Este, lo que podría afectar seriamente las relaciones entre las grandes potencias. Debido a esta amenaza y al precio cada vez más alto de las armas modernas, la "sociedad anárquica" de los estados carece de los recursos para corregir algunos de los defectos más flagrantes de la globalización. Justamente estos costos, combinados con la clásica desconfianza que impera entre los actores internacionales, que tratan de preservar su seguridad solos o mediante alianzas tradicionales, impiden una institucionalización más satisfactoria de la política mundial, como sería, por ejemplo, un incremento de las facultades de las Naciones Unidas. Este paso podría darse si la sociedad global contara con fuerzas suficientes como para impedir un conflicto o restablecer la paz, cosa que no sucede.

Así, según parece, la globalización, lejos de difundir la paz, promueve conflictos y resentimientos. La caída de diversas barreras tan celebrada por Friedman, y en especial la expansión de los medios globales, hacen posible que los pobres y oprimidos comparen su destino con el de los hombres libres y ricos. Entonces estos desposeídos piden ayuda a otros que tengan resentimientos, origen étnico o fe religiosa comunes. Mientras la globalización siga enriqueciendo a unos cuantos y desarraigando a muchos más, quienes sean a la vez pobres y desarraigados podrán buscar la revancha y la dignidad en el terrorismo.

LA GLOBALIZACIÓN Y EL TERROR

El terrorismo es el fruto envenenado de varias fuerzas. Puede ser el arma de los débiles en un conflicto clásico entre estados o dentro de un estado, como en Cachemira o los territorios palestinos. Pero también puede verse como producto de la globalización. El terrorismo transnacional es posible gracias a la amplia variedad de herramientas de comunicación. El terrorismo islámico, por ejemplo, no tiene como fines exclusivos la lucha palestina y la oposición a la invasora presencia estadounidense. También se nutre de la resistencia a la "injusta" globalización económica y de una cultura occidental considerada como una amenaza para las culturas y religiones locales.

Si muchas veces la globalización facilita la violencia terrorista, la lucha contra esta guerra sin fronteras es potencialmente desastrosa tanto para el desarrollo económico como para la globalización. Las medidas establecidas contra el terrorismo restringen la movilidad y los flujos financieros, y nuevos ataques terroristas podrían abrir el camino a una reacción antiglobalista sólo comparable al frenesí nacionalista de la década de 1930. El terrorismo global no es meramente la extensión de la guerra entre estados a la guerra entre agentes no estatales. Es la subversión de los modos tradicionales de guerra porque no tiene nada que ver con la soberanía de sus enemigos o de sus aliados y protectores. Hace que sus víctimas tomen medidas que, en nombre de la legítima defensa, violan a sabiendas la soberanía de los estados acusados de alentar el terrorismo. (Después de todo, no fueron las atroces violaciones a los derechos humanos en territorio afgano las que llevaron a Estados Unidos a Afganistán, sino el apoyo del Talibán a Osama bin Laden.)

Pero todas esas transgresiones contra los sagrados principios de la soberanía no constituyen avances hacia la sociedad global, que aún debe acordar una definición común de terrorismo o una política común en su contra. En realidad, los beneficiarios de la "guerra" antiterrorista han sido los estados no liberales y más pobres, que recientemente han perdido tanto de su soberanía: la enérgica campaña contra el terrorismo les permite ahora estrechar los controles sobre su propio pueblo, sus productos y su dinero. Pueden darse nuevas razones para violar los derechos individuales en nombre de la defensa común contra la inseguridad, deteniendo así el lento y vacilante camino hacia la justicia penal internacional.

Otro de los beneficiarios principales será Estados Unidos, el único actor capaz de llevar la guerra contra el terrorismo a todos los confines del planeta. A pesar de su poderío, sin embargo, no puede defenderse completamente contra futuros actos terroristas, ni tampoco superar por completo su ambivalencia hacia las formas de cooperación interestatal que podrían limitar su libertad de acción. Por lo tanto, el terrorismo es un fenómeno global que en última instancia fortalece a su enemigo -el Estado- al mismo tiempo que intenta destruirlo. Los estados que son sus objetivos no tienen ningún interés en aplicar las leyes de la guerra en su lucha contra los terroristas; en cambio, tienen todo el interés en tratarlos como delincuentes y parias. Los mismos paladines de la globalización llegaron a vislumbrar los aspectos "salvajes" de la globalización económica, pero pocos observadores previeron aspectos similares en el terrorista global y en la violencia antiterrorista.

Por último, la peculiar posición de Estados Unidos plantea una grave duda sobre el futuro de los asuntos mundiales. En el campo de los problemas interestatales, el comportamiento estadounidense determinará si los estados débiles que no son superpotencias continuarán considerando a Estados Unidos como potencia amistosa (o al menos como potencia hegemónica tolerable), o si la soberbia de Washington los llevará a aliarse contra el predominio estadounidense. Estados Unidos puede ser un poder hegemónico, pero la combinación de abusos retóricos y propósitos mal definidos está llena de riesgos. Washington no ha comprendido aún que nada es más peligroso para una "hiperpotencia" que la tentación de caer en el unilateralismo. Quizás pueda creer que las obligaciones de los acuerdos y organizaciones internacionales no son necesarias, ya que todo lo que se necesita para mantener el orden mundial son los valores y el poderío de Estados Unidos. Pero, en realidad, esas mismas obligaciones internacionales ofrecen mucho mejores oportunidades de liderazgo que las arrogantes manifestaciones de desprecio por los puntos de vista de los demás, y ofrecen formas útiles de contener las conductas unilaterales de otros estados. Un poder hegemónico interesado en prolongar su dominio debe concentrarse especialmente en servirse de los métodos y las instituciones internacionalistas, pues ganar influencia compensa, y con mucho, la pérdida en libertad de acción.

En el terreno de la sociedad global, mucho de lo que hay en juego dependerá de la capacidad de Estados Unidos de superar su frecuente indiferencia ante los costos que la globalización impone a países más pobres. Por ahora, Washington es demasiado reticente a poner recursos a disposición del desarrollo económico, y sigue mostrando hostilidad hacia los organismos que supervisan y regulan el mercado global. Muy a menudo, las tendencias de derecha del sistema político estadounidense empujan a su diplomacia a confiar excesivamente en su poderío militar, el activo más grande de Estados Unidos, así como en el capitalismo de mercado y en un principio de "soberanía" que ofende y enajena a los demás. Que el poderoso Estados Unidos tenga miedo de que el mundo imponga a los estadounidenses valores "inferiores" es algo que con frecuencia despierta hilaridad e indignación en el extranjero.

FUERA DE LUGAR

A pesar de todas estas tensiones, aún es posible que la prudencia limite la guerra estadounidense contra el terrorismo, y que otros gobiernos den prioridad a los muchos problemas internos creados por las rivalidades interestatales y los defectos de la globalización. Pero el mundo corre el riesgo de verse oprimido entre una Escila y un Caribdis redivivos. El remolino de Caribdis es el intervencionismo universal, decidido unilateralmente por los líderes estadounidenses, que están convencidos de que una amenaza colosal los ha llevado a una misión global. Susceptible de presentarse como contienda épica entre el bien y el mal, esta lucha ofrece el mejor modo de unificar a la población y vencer las divisiones internas. La roca de Escila es la resignación al caos universal bajo la forma de nuevos atentados realizados por los Bin Laden del futuro, nuevos desastres humanitarios, o guerras regionales que puedan adquirir grandes proporciones. Sólo un criterio juicioso permitirá abrirse paso entre estos grandes escollos.

Podemos analizar el presente, pero no predecir el futuro. Vivimos en un mundo en que una sociedad de estados desiguales y en ocasiones virtuales se superpone a una sociedad global agobiada por débiles instituciones públicas y sociedades civiles subdesarrolladas. Un solo poder domina, pero su economía podría tornarse inmanejable o trastornarse

por futuros ataques terroristas. Por lo tanto, predecir el futuro con seguridad sería sumamente ingenuo e imprudente. Sin duda, el mundo ha sobrevivido a muchas crisis, pero lo ha logrado a un precio muy alto, aun en tiempos en que no había armas de destrucción masiva.

Precisamente porque el futuro no puede descifrarse ni determinarse, los estudiosos de las relaciones internacionales enfrentan dos misiones. Deben tratar de entender lo que sucede, haciendo inventario de los bienes actuales y desenredando los hilos de las redes del presente. Pero el temor de confundir lo empírico con lo normativo no debería impedirles escribir como especialistas en filosofía política en una época en que muchos filósofos están extendiendo sus conceptos sobre la sociedad justa a las relaciones internacionales. ¿Cómo puede hacerse más habitable la casa global? La respuesta presupone una filosofía política que tendría que resultar al mismo tiempo justa y aceptable para quienes ostentan valores con distintos fundamentos. Como hizo la desaparecida filósofa Judith Shklar, podemos tomar como punto de partida y como hilo de Ariadna el destino de las víctimas de la violencia, la opresión y la miseria; como meta, deberíamos buscar la emancipación material y moral. Siempre que se tomen en cuenta las enormes ataduras que nos impone el mundo tal como es, será posible desatarlas.
